

Los códigos EN EL ARTE

POR FRESIA CASTRO

Las Musas, esas diosas que soplaban en los corazones de los hombres la inspiración para sus obras más geniales, han sido consideradas en la tradición del arte las autoras reales de las manifestaciones creadoras de la humanidad.

Hoy se sabe que, junto con esa inspiración, todos los grandes artistas han utilizado en sus obras códigos ocultos para entregar a unos pocos elegidos ciertas claves que ayudarían a descifrar ciertos procesos históricos, así como cálices o conjuros que encerrarían la inmortalidad o, al menos, algún tipo de poder para penetrar los misterios de la vida.



¿CÓDIGOS HUMANOS O DIVINOS?

Cuando nos enfrentamos a la elusiva sonrisa de "La Gioconda" o nos extasiamos en el fresco plasmado por Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, el alma se impregna de algo sagrado que nos vuelve grandes y sublimes. Entonces nos preguntamos por qué creaciones como éstas conservan su trascendencia a través de los siglos y de los cambios históricos. E intuimos que hay algo eterno que nos pertenece e identifica con un origen que va más allá de nuestra propia y débil percepción de lo insondable, donde no caben reinterpretaciones que aclaren nuestras dudas terrestres.

En este último tiempo, la prolífica obra de Leonardo da Vinci ha llenado páginas y páginas de libros, estudios y medios de comunicación. Por desgracia, el motivo principal de esa atención no ha sido la magnificencia de su obra sino la aparición de un best seller que busca en las creaciones del genio códigos que supuestamente servirían a la faceta más oscura del hombre que se mueve entre ambiciones, orgullo e ignorancia en lugar de revelar la mano divina que las inspiró más allá de su propia intención, como seguramente habría querido ser recordado el gran maestro.

¿Qué intenciones lleva a los hombres a buscar respuestas misteriosamente negativas en estas creaciones?

Tal vez se han trastocado los valores de identificación y en lugar de hacernos parte de la herencia de perfección creadora a la que debemos aspirar y ser, hemos antepuesto aquellas creaciones intermedias donde los opuestos juegan el rol principal



para enfrentarnos constantemente a los vaivenes de nuestras propias limitaciones.

La necesidad del hombre de descifrar los códigos de su existencia y el por qué de ella, lo hace también buscar reconocerse en quienes pudieran tener una respuesta y ella debiera estar, en este caso, en la capacidad de asombro que se abre para recibir la influencia e identificación en la inspiración de lo bello y perfecto que nos llega a través del arte.

CÓDIGOS REVELADORES

Los códigos Da Vinci siguieron los de Velázquez y Rembrandt, entre otros. ¿Existirán también claves en la pintura de Van Gogh y su oreja cortada, o en Goya y los monstruos de su última etapa? Seguramente, sólo hay que saber buscarlos.

La magia espacial de M. C. Escher o los fractales de Jackson Pollock, entre otros buscadores de las grandes respuestas del Universo, bien podrían contener fórmulas matemáticas encaminadas a revelar el origen de la vida física, la presencia de mundos paralelos, o lo insondable de las múltiples opciones disponibles en nuestras creaciones cotidianas.

Hoy, la ciencia, más allá de entender o juzgar las obras de aquellos artistas cuyas inspiraciones los llevaron a expresar lo invisible sin comprender cabalmente el por qué de sus manifestaciones, está confirmando sus creaciones como perteneciente a lo real de la manifestación... frente a lo cual todo lo demás son meros resultados. ¿Sería ése el caso de Pollock?

Como ejemplo de ello, según las investigaciones del matemático Mandelbrot, un

objeto es auto similar o auto semejante si sus partes tienen la misma forma o estructura que el todo, aunque pueden presentarse a diferente escala y pueden estar ligeramente deformadas. Un fractal natural es un elemento de la naturaleza que puede ser descrito mediante la geometría fractal. Las nubes, las montañas, las olas en el océano, el sistema circulatorio, las líneas costeras o los copos de nieve de Koch son fractales naturales. Y va aún más lejos, pues las propiedades atribuidas a los objetos fractales ideales, como el detalle infinito, tienen límites con el mundo natural, confirmando así la vastedad apenas percibida del universo en el cual estamos inmersos.

Hokusai, artista prolífico de la era Edo, cuyas obras pueden verse en el museo de arte de Kitakyushu, ha sido uno de los principales exponentes de la teoría fractal. Cuando el sabio francés Mandelbrot define lo que es un fractal pone como ejemplo la gran ola de Hokusai, que tiene encima otras olas iguales a la original. El artista había dado con la estructura fractal de la naturaleza y lo había plasmado en su obra. No ha sido el único. Hoy son muchos los creadores que conscientemente han unido el arte a las matemáticas del universo... pero ¿qué fue primero?

¿Podríamos pensar que Beethoven aplicaría intuitivamente esta progresión en su música caracterizada por las repeticiones melódicas como el eco de una cadencia única que se proyecta de sí misma? ¿Inspiración pura o códigos reveladores de una poderosa influencia invisible?

Por otra parte, sabemos que el poeta y científico chileno-alemán Mario Markus usó conscientemente esta fórmula fractal



como punto de unión entre el arte y la ciencia.

Conscientes o no de la profundidad de su obra, el caso es que los códigos artísticos se multiplican como los fractales en el infinito del mar de la creación. Por algo la ciencia hoy señala que el Universo es un gran holograma compuesto de infinitas partes y que cada parte contiene en sí misma el holograma entero. Y esto nos incluye también a todos nosotros como integrantes del Universo.

LO REAL ES EN LO INVISIBLE

Itzhak Bentov, doctor en ciencias biomédicas, señala que lo real existe en lo invisible e ilimitado, a lo que no se puede acceder desde nuestro campo de acción, y ese "momentum" es esa desaparición en lo infinito, eternamente actuante de lo desconocido. Todo lo demás son meros resultados.

Entonces, ¿qué esconde realmente la iluminación de los grandes creadores? ¿Qué hay realmente detrás de los códigos de Da Vinci, de La Música de Mozart, de los libros sagrados...? ¿qué encierran los cuentos tradicionales, las leyendas y toda creación inspirada?

A pesar de que existen más de mil definiciones de Arte, hay una que enuncia el arte de la vida, presente en todos los actos cotidianos del hombre desde el más simple hasta las más grandes obras que perduran en la sociedad a través del tiempo: "ARTE es la correcta expresión creativa, externalizada, de la percepción de la perfección creadora superior". Y eso tiene que ver con el punto de partida de la inspiración, que se define mediante la intensidad del sentimiento como agente impulsador; y de la atención como el punto referencial para la manifestación.

Por experiencia, el creador termina comprendiendo que ahí donde dirige su atención está lo que inspirará su obra y, por supuesto, también su vida, y que su tarea es elevarla allá donde se pierden los actos humanos para encontrarse con la mirada de Dios.

¿POR QUÉ UNA OBRA SE HACE FAMOSA?

Toda inspiración donde el artista busca identificarse con su *dáimón* influirá en quien participa de su creación. Las grandes obras, aquellas

que tocan el espíritu del ser; aquellas que permanecen fuera del tiempo y de los acontecimientos, las que influyen en una era, cambiando a veces el curso de la historia, se revelan cuando el autor logra traspasar los velos de su propia creación para tocar humildemente las cuerdas celestes del Gran Creador perfecto, del cual es hecho a imagen y semejanza, y recupera su herencia original por ese instante supremo. Allí subyace el gran segundo argumento de toda creación humana, sólo accesible desde la identidad divina que somos y que anhelamos recuperar.

Detrás de cada inspiración donde la atención creadora se ha fijado en un propósito sublime (que puede ir desde escribir un cuento para niños hasta querer extraer desde la matriz de lo inmanente la manifestación de lo absolutamente nuevo, bello e influyente) hay un efecto que sobrepasa las leyes de expresión física para encenderse en el fuego insustentado de la gran creación original.

Una técnica extraordinaria genera a un excelente técnico o a un excelente constructor; pero no hace al artista. Una inspiración magnífica con una buena técnica es otra cosa; lo que transforma a un ser en un gran creador es la calidad y origen de su inspiración y su capacidad para expresarla lo más cercana al punto cero de su extracción.

LOS CÓDIGOS EXISTEN Y ESTÁN AQUÍ

En ese acceso a niveles superiores, fuera de las limitaciones de nuestro estado, sí hay un código oculto. Pero no tiene nada que ver con lo que nos imponen los casuales descubridores de los meros resultados comprobables, sino con la gran creación y el salto cuántico de manifestación. Ahí está ese segundo argumento traslapado en cada libro que revela los misterios de la existencia, en la influencia tonal de cada melodía, en la vida descifrada a través de un poema, en las sensaciones profundas que despierta el contemplar una pintura. Ahí se revela la verdad, el porqué estamos aquí, cual es nuestro norte, las claves para salir de este exilio existencial y abrimos a la perfección.

El tema es que para acceder a estas claves hay que vibrar en la misma sintonía del creador; o al menos dejarse llevar en su vuelo supremo.


Algunos de esos códigos celestiales que revelan nuestro origen ya han sido descifrados. Uno de ellos se encuentra en la leyenda rusa "Iván el campesino y los tres dragones", tras cuya aventura mágica y dramática de tres hermanos y su lucha contra dragones para defender su pueblo se oculta la historia del hombre atravesando las pruebas de su existencia terrenal, sus aciertos y sus errores creativos que lo mantienen esclavo de sí mismo. Ahí, en ese segundo argumento, invisible al ojo humano y más real que esta vida formada y desplegada en meros resultados, aparecen las claves de la libertad, cómo aplicarlas y obtener la victoria. Es sólo el principio de esta nueva forma de ver y descubrir el arte.

Tal es así, que este cuento ha sido elegido como un test de diagnóstico, que junto con acertar efectivamente en los puntos débiles de los procesos individuales, soluciona aquellos resultados errados devolviendo al ser su equilibrio, mediante la redirección del argumento del cuento. Esos códigos ocultos en la memoria de la perfección del hombre, inalcanzables en la comprensión limitada de su encierro atómico, realizan el milagro.

Tal vez fue por esos códigos -ocultos al intelecto humano pero actuantes en el origen del ser- que el pueblo eligió este cuento como la representación tradicional de su idiosincrasia.

¡Faltan tantos códigos! Y no tan solo en la pintura. Habrá que descifrar a un Hermann Hesse y su "Demian", o tal vez a Yeats y sus poemas surgidos al despertar, o a las inspiraciones mágicas de William Blake. O buscar lo que ocultan determinadas frecuencias melódicas de un Scriabin y su "Poema del Fuego" cuando quiso replicar aquí en la Tierra la música de las esferas; o en Debussy y su enlace con el insondable misterio de "La Mer".

Quizás qué claves puedan existir en el segundo movimiento de la Séptima Sinfonía de Beethoven, o en "La flauta mágica", de Mozart, donde ni los propios artistas sospecharon el alcance de su obra.

¡A buscar entonces! Quizás alguien descubra por cansancio que la verdad del hombre, su propia verdad, su propia creación maravillosa, conteniendo los códigos de la gran verdad del Universo, reside simplemente en elevarse a la inspiración correcta, aquella que se basa en el gran poder del AMOR, nuestra herencia total. 

Detrás de cada inspiración donde la atención creadora se ha fijado en un propósito sublime hay un efecto que sobrepasa las leyes de expresión física para encenderse en el fuego insustentado de la gran creación original.

